

Capítulo 24 - Luces pálidas

Ella se habría quedado dormida si no fuera por la segunda tetera de té.

Song se sentó en la mesa de la cocina, iluminada por la débil y titilante luz de la vela, sin fijarse en la nota pobre de Tristan — la había marcado con una X fresca en la parte inferior, como si quisiera indicar que aún respiraba. De vez en cuando, recordaba pasar la página del primer volumen de Historias Universales, que pretendía leer para Saga. No obstante, seguía confundiendo a los reyes preimperiales: incluso la más antigua dinastía, la corta de Pelayo, había logrado incluir a dos Alfonsos que peleaban batallas en las mismas tierras ribereñas, con reyes rivales de nombres similares.

Al menos, los reyes antiguos de Cathay adoptaban nombres de regencia que facilitaban distinguirlos.

Song sentía cómo las palabras se deslizan por su mente sin asentarse y sabía que de madrugada apenas recordaría lo leído. Sin embargo, cerrar el libro sería rendirse a la espera en soledad, acompañada únicamente por la nota de Tristan. Bebiendo su té cada vez más tibio, Song pasó la página y se encontró con el tortuoso árbol genealógico de la dinastía Ormisenda — los sucesores de Pelayo — y apretó los dientes al ver un nuevo batallón de Alfonsos, flanqueado por una caballería de Fruelas.

“Esto no es justo,” se dijo al libro.

La frustración la distrajo tanto que sintió un vuelco en el estómago al oír abrirse la puerta principal. Maryam entró fatigada, con una linterna en mano, dejando sus armas no en los ganchos, sino dentro de una pila en el banco de madera junto a las botas. Al menos, colgó la pólvora. La capa con capucha que siempre llevaba bajo el brazo al salir, la escondió al salir del vestíbulo, sorprendiendo su mirada al ver a Song sentada en la mesa.

Seguramente, la Izvorica estaría tan agotada que ni habría notado la vela encendida en la cocina. Por un largo momento se miraron, la boca de Song se quedó seca de repente, y luego Maryam suspiró.

“¿Tenemos que hacer esto esta noche?” preguntó.

Song se enderezó.

“¿Me promises tiempo mañana por la mañana, si no?”

Murmurando algo en Triglau que parecía una maldición, la mujer de piel pálida se acercó, dejó su capa en una silla y se sentó en otra, cara a cara con Song. Maryam siempre había sido pálida, y la Tianxi no podía recordarla sin círculos alrededor de los ojos, pero había algo... parecía agotada.

Como si lo que antes eran solo algunas capas ahora llegaba hasta el hueso.

“Las horas que permaneces despierta te están pasando factura,” dijo Song en voz baja.

El rostro de Maryam se cerró, como persianas bajadas con fuerza, y supo que otra vez había cometido un error.

“Duermo lo suficiente, y el capitán Yue me envía de regreso con escolta si nos retrasamos,” respondió con dureza.

“No quise ofenderte,” se apresuró a decir Song.

¡Dios!, sentía que debería morderse la lengua hasta que le sangrase. Maryam inhaló, esperó un momento y asintió, rígida.

“Está bien,” dijo. “Nada que reprochar.”

“Entonces trabajas con el capitán,” intentó Song.

El rostro de Maryam volvió a cerrarse y casi soltó un sollozo de frustración. Sabía que la otra mujer no era de espíritu delicado — no podía serlo, cuando su color le lograba atraer miradas y burlas dondequiera que iba —, lo que significaba que Song caminaba por un campo y, de alguna manera, lograba pisar solo las malditas trampas.

“Más bien, eso parece,” respondió Maryam con firmeza. “Pero ya tengo algunas respuestas.”

“Entonces, avances,” dijo Song, forzando una sonrisa.

“En cierto modo,” replicó la mujer de ojos azules con franqueza. “El capitán Yue está bastante seguro de que si amputaran una cuarta parte de mi cerebro, mi capacidad de significado se estabilizaría.”

El capitán Yue parecía pensar que la Krypteia debía irrumpir regularmente en su armario en busca de esqueletos, aunque no sería conveniente que Song dijera eso.

“¿Has—” comenzó Song, pero Maryam levantó una mano para detenerla.

“Song,” dijo ella. “La única razón por la que todavía mantengo los ojos abiertos es que me quema cuando los cierro. No estoy en condiciones ni de ánimo para charlas. ¿Qué deseas?”

Hace un rato, Song había dedicado casi una hora a preparar un discurso, incluso lo había escrito, aunque naturalmente quemó el papel después de memorizarlo. Solo al mirar esos ojos cansados, tropezó.

“Me he dado cuenta,” dijo, enfrentando aquella mirada, luego tragó saliva. “Yo tengo—”

No recordaba cómo terminaba esa frase, ni siquiera si alguien le pusiera una pistola en la cabeza. El cincel seguía resbalándose de sus dedos. Song tragó, casi atragantándose con su propio temor y saliva.

“Lo siento,” balbuceó Song. “Fue... fui injusta contigo y con los demás. Encendí el fuego y lo alimenté. Es mi culpa.”

Maryam la observaba, con el rostro pálido y demacido en la luz, y la Tianxi pudo notar que algo en ella se apretaba con fuerza.

“Te culpas demasiado,” dijo ella.

La esperanza surgió en ella, a pesar de todo, de haber encontrado las palabras correctas para—

“Solía admirar eso, pero ya no,” dijo Maryam. “Lo absorbes todo, lo envasas, y cuando una sacudida fuerte hace que salgan. No te hace bien, y quizás solo empeora las cosas para nosotros.”

Song tragó saliva.

“Es así,” intentó decir, luego dudó. “Es cómo soy, Maryam.”

“Nadie es así,” respondió Maryam suavemente. “Aprendes a serlo.”

Ella apartó la mirada. Había algo que se asemejaba demasiado a la lástima en those ojos azules, y en ese momento no podía enfadarse con la otra mujer.

“De todas formas, pido perdón,” balbuceó Song, lamiéndose los labios secos. “No creí realmente en la acusación que te hice. No volverá a ocurrir, y haré lo que esté en mi mano para rectificarlo.”

Cómo, no estaba segura. Pero sin ese cómo, ¿podrían confiar en ella ninguna de las dos? Haría lo que fuera necesario para enmendar sus errores.

“No hay penitencia que seguir aquí,” replicó Maryam cansada. “No eres mi esclava por siete años, liberada de vínculos y culpas en la última mañana. Si hay trabajo por hacer, no es para mí.”

“No lo entiendo,” admitió Song. “También debo disculparme con Tristan, pero eso no borra—”

“Las disculpas no significan nada, Song,” dijo Maryam, elevando la voz. “Me heriste, como todos nos herimos, pero esas son espinas. A veces pasa, incluso sin que lo quieras. Pero, ¿qué ha cambiado desde entonces, Song?”

“Sé que hice mal,” dijo ella. “La próxima vez—”

Y, de alguna manera, seguía siendo la respuesta equivocada.

“No puedes crearte a ti misma sin defectos por... mandato, de alguna forma,” soltó Maryam con dureza. “No me importa que hayas perdido el control, me importa lo que viste cuando sucedió. Eso

es lo que hay que reparar, no palabras lanzadas con ira.”

La Izvorica pasó una mano por su cabello, luciendo como una mujer al borde de ser derribada por una ráfaga de viento.

“Si el Terceriza se mantiene, no será la última vez que nos dejemos desgastados y con razones para arañarnos unos a otros,” dijo Maryam. “Volveremos a rompernos, en meses o en años por venir.”

“Y la próxima vez estaré preparada,” insistió Song. “No vuelvo a cometer mis errores, Maryam.”

“No estás escuchando,” replicó la otra mujer. “No quiero que te sientes sonriendo hasta que explote la próxima, Song, sin saber que en silencio te abrazas a una espina tras otra hasta el momento en que tu vientre estalla y las escupes en nuestra cara.”

Maryam sacudió la cabeza.

“Dioses, pero en ese momento creo que realmente la odiabas,” dijo. “Y parte de eso es culpa de Tristan, pero también la tuya. Porque llegó a ese punto sin que nadie hiciera nada, y tú eres la que debe querer que la Terceriza funcione.”

Eso, más que cualquier otra cosa que Maryam haya dicho, resonó verdadera. E hirió profundamente.

“Solo puedo hacer tanto,” logró decir Song. “No soy...”

Aspiró, insegura de cuáles serían las palabras correctas. ‘Perfecta’ sería arrogante incluso en la negación. ‘Una milagrosa’ era poner a Tristan en un pedestal, aunque uno equivocado. Él no era un espíritu maligno sin razón. La tendencia a afirmar que fallaste en un peldaño alto, como una vez le mencionó Uncle Zhuge, era una reacción común tras haber perdido firmeza en un nivel inferior. Un fracaso grande era más fácil de aceptar que uno insignificante.

“No sé qué debo hacer,” admitió Song. “Cuando nos conocimos en la Madriguera pensé que sabía lo que nos esperaba, pero desde que llegamos a Tolomontera estoy perdida.”

“Y si todavía estuviéramos en la Madriguera, dejaría pasar todo esto,” dijo Maryam. “Pero no lo estamos, y no puedo excusar los errores de la mujer frente a mí por la razón que tuve al conocernos allí.”

Suspiró.

“La historia no pesará en la balanza, Song,” le dijo Maryam. “Eso fue lo que me enseñó este... sangrado. La única cosa que no puedo perdonar de todo este embrollo es que cuando Tredegar me llamó inútil, no tuve nada con qué contradecirle.”

“Aún estás aprendiendo,” dijo cuidadosamente Song.

“Eso es una excusa,” afirmó firmemente la otra mujer. “He tenido demasiado trato con esas personas últimamente. He estado mordisqueando rencores en lugar de mirar hacia adelante, no es de extrañar que me haya quedado atrás.”

Maryam bostezó, cubriéndose con la mano.

“No mantengo estos horarios para provocarte, Song,” dijo. “Yue presiona más porque ha escuchado rumores de que la Terceriza tuvo un derrame, pero yo he estado ofreciendo más de lo que ella pide.”

Se inclinó hacia adelante.

“Estoy avanzando en lugar de ser arrastrada, y eso ha marcado la diferencia.”

“Así que has obtenido respuestas reales,” dijo Song. “No solo...”

Pensando en la simpleza de decir que la lobotomía era una posible solución.

“Solo trajeron más preguntas,” dijo Maryam, “pero ese es el camino: llenar lo desconocido pieza por pieza hasta obtener un mapa. Hasta la próxima vez que me llamen inútil, podré mirarle a los ojos y llamarla mentirosa.”

“No eres inútil,” le dijo Song.

El rostro de la Izvorica se volvió a cerrar, pero Song era demasiado cansada para apartar la vista. Mantuvieron la mirada por largo rato, ella en plata, él en azul, hasta que la señalina desvió la vista.

“No estoy segura,” susurró Maryam en voz baja, “de si odio o amo que realmente creas eso.”

Se levantó de su asiento, agarrando su capa rápidamente.

“Buenas noches, Song,” dijo. “Nos vemos mañana.”

Un instante,

“Buenas noches, Maryam,” respondió ella.

No con tanta rapidez para que pareciera que solo hablaba con su espalda en retirada.

Song vertió el resto del té frío en los arbustos del jardín, intentando no mirar la tetera de hierro que había abollado con su furia. Aún servía, pero quizás estaría dañada para siempre.

¿Cómo eso parecía la peor clase de presagio?

--

Partieron juntas en la mañana hacia la clase. Hacía días que Maryam no la acompañaba así, por lo que la sentía como una pequeña victoria, aunque trivial.

Aun así, con la amenaza de la Teratología en el horizonte, Song se alegraba incluso por ese pequeño logro. No habló mucho en el camino, sino que recitaba en su interior las lecturas que había realizado. No parecía que Maryam estuviera con muchas ganas de charlar. La profesora Kang, sospechaba Song, estaría ansiosa por aprovechar cualquier oportunidad para humillarla por algún supuesto fallo. Para mantenerse un paso adelante, había ido a la biblioteca privada en las Galerías y escogido las tres obras que, a su juicio, serían las próximas lecturas asignadas para la clase.

Dos de ellas eran manuales de Teratología, con varias copias en diferentes ediciones – un signo de que habían sido usadas durante mucho tiempo, verdaderos clásicos. Había leído hasta el quinto capítulo en cada uno. La tercera obra, sin embargo, era la que más tiempo le había llevado. Era un tratado, no un libro propiamente dicho, pero su título y autor le habían capturado por completo: *Colapso Sistemático*, de Yun Kang.

Era un análisis meticuloso y detallado de lo que los quince años posteriores al Oscurecimiento habían hecho a las tierras de la República de Jigong. Demasiado detallado, para que no hubiese estado allí, viéndolo con sus propios ojos. La lectura había sido... angustiosa, pero Song la había leído. Estaba preparada.

El paseo por Scholomance para llegar a clase fue, de alguna manera, aún más agotador que el primer día, quizás porque Song sabía lo que la esperaba al final. Mantiene la calma, ignorando las tentaciones que la escuela le tendía: atajos y bibliotecas escondidas, una cocina cálida con olor a pan recién horneado, y una vez, un niño asustado que gritaba. Ese le hizo vacilar un poco antes de que sus amigos le arrastraran de vuelta.

Song veía que Scholomance las observaba desde las paredes. Aprendiendo qué había funcionado y qué no. No, pensó. No aprendiendo. Recordando. Hace mucho que mermó, hambrienta de almas que devorar, pero cadáver tras cadáver, recuperaba fuerzas y mente.

Era un pensamiento sombrío y, con un ánimo gris, llegó a clase. Ella y Maryam llegaron antes que la mayoría, y tomaron los mismos pupitres cercanos al centro del aula. El aire en la cripta siempre resultaba algo húmedo, y los ojos de Song no podían evitar apartarse a los lemures disecados que las miraban desde las paredes y el techo. Era como si Kang tuviera cien ojos, todos ellos clavados en ella sin parpadear.

Song cuidó mucho de no mirar hacia el frente, donde el profesor se encontraba, para no darle motivo alguno.

Angharad llegó con el Trigésimo Primer día justo antes de que comenzara la clase, y, como los últimos estudiantes que apresuradamente entraron, estaban sudorosos y agotados. Zenzele incluso tenía un corte en la mejilla, señal clara de que Scholomance había intentado algo. Pero a Profesor Kang, eso no le importaba.

"Otros veinte segundos y habrías llegado tarde," le reprochó. "La pereza no es un vicio para alardear."

Shalini parecía furiosa, pero Ferranda posó una mano en su brazo para evitar que hablara. La infanzona tenía buenos instintos. Sin una razón para seguir hostigándolos, el profesor Kang tarareó y pasó junto a su escritorio para tomar su bastón de madera, mientras Angharad se acomodaba en el escritorio a la izquierda de Song, dedicándole una sonrisa breve.

"Ahora que las distracciones han terminado," dijo el profesor Kang, "comencemos."

Empezó su conferencia sin siquiera mirarla, pero Song sabía que no debía bajar la guardia.

Sin embargo, admitía que él era un orador persuasivo. A diferencia del profesor Sasan, él no invitaba a la discusión, pero su exposición tampoco era la clase que adormece a los estudiantes. Tras media hora de explicar las diferencias fundamentales entre un 'animal' y una 'criatura' —el segundo término abarcaba a lares y lemures, aunque también en literatura menos académica se les llamaba 'monsters' (monstruos)—, expuso los conceptos básicos del Índice Takata.

Era la forma en que el teratólogo de la Vigilancia clasificaba el nivel de amenaza de ciertas criaturas en una escala del uno al diez. Kang les informó rotundamente que debían memorizar los criterios que había escrito en la pizarra, ya que serían evaluados no solo en identificarlos, sino también en aplicar el Índice Takata a criaturas ejemplares.

Luego se giró hacia ella y empezó la clase.

"Capitán Ren," dijo el profesor con tono suave, "¿quién fue el primero en establecer una distinción entre lares y lemures?"

Pensó que quería que respondiera 'el Segundo Imperio' para poder reprenderla por su inexactitud. Por suerte, ella había leído el segundo capítulo de Categorías Naturales.

"Cornelia Marca, en nombre del emperador Raúl II," contestó ella. "Señor."

El hombre hizo una pausa, acariciándose la barba.

"Respuesta básica," dijo, y siguió adelante.

Acababa de explicarles los orígenes antiguos de la disciplina formal en Liorganen, pero la desviación llegó inevitablemente.

"Capitán Ren," sonrió con ironía, "¿cómo es posible que criaturas de regiones a cientos de miles de kilómetros de distancia compartan la misma fisiología? Tomemos como ejemplo a los lupinos."

Capítulo cuatro de Arbor Vitae. Había cambiado de manual.

"Según la teoría del origen, señor," respondió Song, "es porque estas criaturas provienen del mismo animal original. En el caso de los lupinos, de los perros."

Su rostro se tensó.

"Eso es, como mucho, una hipótesis," afirmó Kang, volviéndose de espaldas.

Dos veces había intentado llamarla y no lo había logrado. A menos que fuera sordo, estaría escuchando los mismos susurros que se extendían por la clase. Es una cosa que un profesor se moleste con un estudiante; otra muy distinta que fracase. Un hombre preocupado por su reputación habría parado.

Yung Kang no lo hizo.

La siguiente pregunta que le hizo fue solo tangencial a lo que estaban discutiendo, acerca del nombre correcto para las mutaciones provocadas por el éter en la anatomía vegetal, y allí tuvo que admitir su ignorancia. La mueca reapareció.

Tampoco pudo responder las siguientes dos preguntas y, tras la última, suspiró con decepción.

"Pareces necesitar toda la ayuda posible, Capitán Ren," dijo el profesor. "¿Tu nombre?"

Se dirigía a una niña izcalli de estatura baja, que estaba en la primera fila, con la cabeza rapada excepto por una franja que bajaba por la espalda y dos mechones a los lados. Tensa.

"Capitana Tozi Poloko," respondió ella. "Catorceava Brigada."

"Intercambien asientos con ella, Capitana Tozi," ordenó el Profesor Kang.

Song se marchitó bajo las miradas de la sala mientras era obligada a empacar sus cosas y trasladarlas al frente, la otra capitana lanzándole una mirada hostil por el contratiempo. Kang dejó de interrogarla después de eso, pero se aseguró de caminar siempre cerca de ella, con su bastón rozando su escritorio. Eso la hacía tensarse siempre y perder ritmo en la toma de notas. La conferencia duró casi tres horas en total, y poco antes de que la clase terminara, el profesor se inclinó hacia ella con esos ojos negros y brillantes.

"Quédate después," ordenó el profesor Kang.

Song guardó sus notas aun cuando el resto de la clase comenzaba a abandonar el aula. Maryam miró atrás un par de veces, pero la ceja levantada del profesor la disuadió de quedarse. Pronto quedó ella sola, el profesor revisando papeles en su escritorio. Después de esperar cinco minutos, Song se atrevió a aclarar su garganta.

"Señor," preguntó con cautela. "¿En qué puedo ayudarle?"

El profesor Kang levantó la vista, aparentemente sorprendido.

"¿Todavía aquí, Ren?" dijo. "Llegarás tarde a tu próxima clase."

Ella apretó los dientes. ¿Era realmente tan mezquino?

"Como diga, profesor," respondió rígidamente, recogiendo su bolso.

Él sonrió con suficiencia.

“Aunque, dado que estás aquí,” dijo el profesor Kang de manera indiferente, “me intriga saber — ¿eres practicante de jiang wu, Capitana Song?”

Ella parpadeó sorprendida.

“¿Danzas con espadas?” preguntó. “No, señor. Nunca aprendí ninguna.”

Había aprendido la esgrima tradicional, claro, pero se trata de un arte pensado para ser usado — no para una actuación ceremonial. Las danzas con espadas requieren destreza, pero no necesariamente las mismas habilidades que se emplean en combate real. De manera desconcertante, esa respuesta dibujó una expresión de satisfacción amarga en el rostro del hombre.

“No,” sonrió Kang. “Pensé que no. Entonces, ve, adelante, vete ya.”

Ella sintió alivio y nerviosismo a la vez por estar sola en la sala, frente a un hombre que parecía tener malas intenciones. Song había intentado ver al profesor como una prueba, algo en lo que pudiera construir su reputación, pero hoy esa idea se volvió difícil. Kang parecía dispuesto a llegar a donde fuera necesario para demostrar su ignorancia—¿cuántos en esa clase podrían haber respondido correctamente las preguntas que ella sí logró contestar? ¿Cuántos no eran Sabios? Se fue con los dientes apretados.

Al llegar al pasillo, Song notó que tal vez era la última en salir, pero todavía quedaban algunos que permanecían. Un par de Tianxi estaban en el extremo del pasillo, junto a las escaleras, hablando en voz baja. Uno de ellos era contratado. Su nombre era Hong Hua, y podía mover... el lugar de las heridas con solo tocar? Interesante. Desvió la vista rápidamente para que no la notaran. Caminó tres pasos más y recordó un detalle — esa ortografía particular de ‘Hua’ como apellido, era poco común.

Era utilizada casi exclusivamente en la costa sur del Río Hehou, en la frontera con el Imperio Someshwar. La frontera de la República de Jigong con Someshwar, para ser exactos.

Escuchó la puerta del aula cerrarse tras ella, y eso le salvó la vida—miró hacia esa dirección, sus ojos se abrieron de par en par al ver que dos estudiantes más se habían escondido a cada lado de la puerta. Uno tenía una pistola apuntándole, y cuando despertó el gatillo, ella se agachó. Sonó el disparo, la bala atravesó su bolsa y lanzó fragmentos de papel por el aire. Esos eran sus apuntes, una parte de ella sintió una rabia tenue. Su pistola propia no estaba cargada, un error grave, por lo que en su lugar, su espada salió de la funda cuando soltó su bolso. Solo sería un obstáculo en su camino.

“¡Ayuda!”, gritó ella, pero no había nadie.

Solo ella, enemigos y una puerta cerrada. El emboscador sin la pistola - contraído, Renshu, algo algo devorador de todo - soltó una carcajada aguda, desenvainando una cimera curva de dao mientras avanzaba. Movimiento detrás, pero si ella dejaba que ellos dictaran esta batalla, estaría

muerto. Ignorando la amenaza a sus espaldas, corrió hacia sus emboscadores, ignorando la sorpresa en sus rostros al acercarse al portador de la pistola. El samurái contraído se interpuso entre ellos mientras el otro hombre chillaba, dejando caer su pistola y rebuscando la espada recta en su cadera.

Dos pasos, empuje. La cimera vino a derribar su espada, pero Song ya se movía para evitar la finta. Giró, barrido bajo y cortó — ‘Renshu’ retrocedió apresuradamente hacia la puerta para evitar que le cortaran la garganta, impactándola con un golpe sordo. El otro hombre sacó su arma justo a tiempo para que Song bajara con gracia y barriera su pierna. Siempre en movimiento, acumulando fuerza como el viento. Tropezó hacia atrás, la cabeza golpeando contra la pared al caer. Dejando caer su espada.

Un golpe de cimera desde la izquierda, un corte rápido en el hombro del brazo con espada.

¿¿¿¿¿¿¿¿¿¿¿¿La nuca???? No, ni tampoco fue una finta, descubrió Song al lanzar un golpe a su rodilla para hacer tropezar la finta, pero él se inclinó en la acometida. Ella giró, retirando esa hoja probing en un ataque de pivote ascendente hacia la cara de Renshu, que se echó hacia atrás, con el impulso contra él y... ahí, ella deslizó la punta de su bota debajo de la espada caída, lanzándola hacia arriba.

Lanzó su espada hacia la cara de Renshu, forzándolo a retroceder con su cimera en alto, y rápidamente tomó la otra espada del aire por la empuñadura, deslizándola suavemente en la garganta del otro hombre mientras él regresaba a ponerse en pie; su movimiento simplemente la atravesó por completo. Ella desgarró la espada al liberarla, mientras la única mujer gritaba Liu, girando para enfrentar a los demás. Avanzó un paso, inhaló y exhaló. Nunca deje de moverse.

Renshu pronto estaría tras ella, así que avanzó rápidamente hacia la pareja que le cargaba.

“Maldita perra”, gruñó Hong Hua, levantando su espada.

Un gran changdao, una cimera de dos manos, levantada en alto. Un matador de caballos, lento pero fuerte. Un buen golpe en la cabeza y ella estaría acabada. Solo él permanecía como si apuntara no a su cráneo, sino a su hombro. ¿¿¿¿¿¿¿¿¿¿¿¿Entre eso y el golpe en el hombro de Renshu??? Quisieron mantenerla con vida.

Ella podía usar eso.

La mujer había bajado su lanza, amenazándola con las costillas, pero en lugar de tratar de jugar con ambas, Song se lanzó directamente al golpe de Hong — el ángulo lo colocaba entre Song y la lanza, y en el momento en que dudó en bajar su espada, Song clavó su hoja en su abdomen. Se enganchó en el abrigo, alejándose de la muerte segura por una herida profunda y entrando en los costados. Hong aún gritaba con voz ronca mientras ella embistió con su hombro contra su pecho, derribándolo.

Song se acercó para arrancar la espada del hombre muerto, pero el peso era ligeramente desbalanceado y — el filo se enganchó en un botón de latón, sin cortar del todo el hilo debajo. Sólo fue un instante demasiado lento para evitar que fuera alcanzada por la lanza; levantó un brazo para protegerse del asta, pero aún así se vio obligada a retroceder tambaleándose.

Sin la espada.

Alzó la mano para alcanzar su pistola, aunque ya ni siquiera cargada, pero Renshu fue más rápido y la atrapó antes de que casi la sacara. Le golpeó el codo doblado con la poma de su cimera, y antes de que ella gritara y sintiera que el músculo se desgarraba, la tomó por la garganta y la arrojó al suelo. La espalda de Song impactó contra la piedra, quitándole el aire de los pulmones.

—Llévame a Liu, — gritó Hong—. Rápido, ¡antes de que—

Vio cómo bajaba la lanza, se volvió para evitar el golpe, pero la pieza de madera aún la golpeó en el hombro. Song se tensó, un error: Renshu la pateó en la espalda y ella se convulsionó de dolor, gritando.

—Ve tú mismo — gruñó la mujer—. Todavía no está caída.

Manos temblorosas, sacó su pistola y la apuntó a Renshu, quien dio medio paso atrás —solo para que su aliado golpeará su mano con la lanza, causando un ardor intenso en sus falanges al soltar la pistola vacía. A continuación, un golpe en la cabeza, que la cegó por un instante. Intentó rodar y arrastrarse, pero una patada la devolvió a su vientre y la punta de la espada descansaba sobre su garganta.

—Si te mueves, mueres — jadeó Renshu, con el rostro enrojecido—. No más riesgos contigo, Song Ren.

Song quedó inmóvil, aunque se sentía mareada por la última patada y podía saborear la bilis en la boca. Su visión se nublaba por el golpe en la cabeza, pero aún alcanzaba a ver a Hong Hua dejando un rastro de sangre en su mano mientras se arrodillaba junto al cuerpo de Liu y posaba una mano en su rostro. Vio cables de sangre carmesí conectándolos, y algo descendiendo por ellos desde Hong hacia Liu hasta que la cara del cadáver estalló en una lluvia de sangre. La herida, comprendió. Él había movido su herida hacia el muerto.

—Maldita sea — respiró Hong con nerviosismo—. Eso estuvo cerca.

—Te dije que debíamos haber matado a ella de inmediato — dijo la mujer—.

—Nunca tendríamos una mejor oportunidad que esta, Meihui — soltó Hong con determinación—. Con el espejo-danzarín fuera—

—Liu está muerto — afirmó Renshu con dureza—.

—Otra víctima en el conteo de los Ren — respondió el otro hombre.

Song abrió la boca para decir algo, cualquier cosa, pero le resultaba difícil concentrarse y — otra vez, la lanza cayó, impactándole en el estómago. Se volteó para vomitar, la hoja de Renshu apenas retrocediendo a tiempo.

—No aquí — dijo Hong—. Llévala a la habitación. No podemos confiar en Kang para guardar silencio si lo hacemos aquí, es demasiado astuto.

—Dijo—

Song no escuchó lo que dijo el profesor Kang, porque alguien la había agarrado del cuello y la arrastraba. Se sentía aturdida, como si su cuerpo apenas le perteneciera. No sabía cuánto tiempo la movieron, pero después de un rato fue apoyada contra una pared — y, de repente, un fuerte golpe en la cara la sacó del estado de ensimismamiento.

—Aquí — dijo Meihui—. Eso debería bastar.

Era tan baja, pensó Song. Apenas unos metro y medio. La trenza que caía por su espalda parecía mucho más larga. La punta de la lanza presionaba contra su abdomen.

—¿Ya lo averiguaste? — preguntó la otra mujer.

— Todos son de Jigong — respondió la voz de Song con dificultad.

Alguien se rió. La vio a Hong, que arrastraba el cuerpo destrozado de Liu para apoyarlo contra la pared. Robusto y casi sin sobrepasar el peso, con un mostrenco topknot y ojos oscuros.

— La república, sí — estuvo de acuerdo—. No la ciudad. Yo soy de Baoban, más arriba del río.

Hace una semana, Song nunca habría oído ese nombre, pero desde entonces había leído Colapso Sistemático.

—Donde fabricaban aceite de brillo tocado — balbuceó.

—Orgullo del pueblo — sonrió Hong al acercarse—. Suministró la mitad de las linternas en Jigong e incluso vendía al otro lado del río. Nuestros ancianos se enteraron del Apagón justo un día antes de que llegaran los emisarios de la capital, portando órdenes que vaciarían nuestras reservas de aceite.

Su sonrisa se ensanchó, carente de toda alegría.

— Solo que aún quedaban dos años antes de la lotería, así que todavía no habíamos reservado bastante —dijo Hong—. Podríamos quedarnos sin nada. Por eso, los ancianos rechazaron, cerraron las puertas y los jinetes partieron enojados.

El hombre se impulsó lejos de la pared.

— Volvieron una semana después, Ren, con dos mil hombres y cañones. Saquearon Baoban, mataron a la mayoría de los ancianos y, con descuido, saquearon tanto que la mitad del aceite que vinieron a tomar se incendió igual —.

Los dedos de Hong se cerraron con fuerza.

— Mis hermanos mayores murieron en ese incendio —dijo—. Mi tía. La mitad de los padres de los niños con los que crecí. Aquellos que lograron criarse, porque en Baoban ya había más vacíos que hombres, cuando la Guardia me reclutó.

— Yo aún no había nacido —gruñó Song.

— ¿Y eso es una excusa? —rechistó Hong.

— ¿Crees que no sabemos que tu familia hizo un trato? —dijo Meihui—. Que el Viejo Diablo se quedó, pero el resto de ustedes pudo huir con algunos parientes al Sur. No todos tuvimos la suerte de crecer en alguna gran hacienda, Ren.

La punta de la lanza presionó con más intensidad contra ella, rozando su abrigo.

— Mi familia partió hacia Luban en cuanto tuve edad de caminar —dijo Meihui—. Como la mitad de los que huían de Jigong. Llegar allí fue un suplicio, la gente se volvía contra sí misma como animales cuando se agotaba el pan y las luces se apagaban, pero conseguimos cruzar la frontera. Lo logramos.

Su rostro se contrajo, como un puño.

— Pero nos detuvieron en la frontera, en el Paso Hongying —gruñó Meihui—. Los soldados dijeron que la República de Luban estaba cerrada a los refugiados. Y vieron cómo moríamos de hambre, hasta que todos los virtuosos estaban muertos y el resto de nosotros devoraron sus cadáveres.

La punta de la lanza se elevó hasta estar a solo una pulgada del ojo de Song. Ella no pestañeó ni apartó la vista de la otra mujer. ¿Cómo hacerlo, cuando estaba contemplando la herencia de su familia?

— Las cosas que mi madre hizo para mantenernos con vida, las que mis hermanas fueron obligadas a hacer... oh, por eso merecen morir lentamente —susurró Meihui—.

Y Song no pudo evitarlo: rió. ¿Qué otra cosa podía hacer?

— Tú— —empezó Meihui—.

— Entonces, adelante, Renshu —dijo Song, mirando al hombre que aún vigilaba la puerta—. ¿Contarás también tu historia de desgracia? Solo podrás matarme una vez. Haz que valga.

El hombre sostuvo su espada, delgado de rostro y constitución, pero afilado de mejillas y ojos. Su cabeza casi rapada, y su ceja atravesada por una pequeña cicatriz que no atravesaba por completo. Ella pensaba que parecía, entre los tres, el más peligroso. Este vigilaba y aguardaba, mientras los otros vociferaban.

— No espero que me cuentes una historia —respondió Renshu—. Solo esto: tras condenar a miles y miles, Chaoxiang Ren vivió dos años en una celda de la torre, mientras Jigong moría lentamente a su alrededor.

— Eso no lo negoció —replicó agudamente Song—. Lo detuvieron por mandato del Ministerio hasta que pudiera ser juzgado ante magistrados de todas las repúblicas.

Justo antes de que anunciaran que Jigong estaría para siempre separado de la lotería, una sentencia que, según me dijeron, aún se recuerda. Dos latigazos de todos los magistrados, excepto el de Jigong, que fue el último y recibió solo uno; luego, la secuencia volvía a comenzar. Una y otra vez, hasta que la muerte llegaba. “Ochenta y nueve latigazos, aún sin piedad” se convirtió desde entonces en un proverbio para momentos en los que un castigo parecía demasiado débil para el crimen.

“Deberían haberte eliminado allí mismo,” dijo Renshu con suavidad. “Nueve grados de exterminio, como juraron los viejos reyes. Esto no es más que la rectificación de aquel error.”

La grotesca y burbujeante alegría nunca se había alejado del todo, y volvió a salir a su garganta. Ella le escupió en la cara, en la de todos sus rostros.

“No, no es así. Son niños que desatan su odio con la única Ren que pudieron encontrar,” afirmó Song. “Inténtalo adornarlo como quieras, todos sabemos la verdad: desprecias a zunyan y buscas satisfacción personal. Recorre la tierra sin conocer lo justo y lo injusto.”

Sus rostros quedaron en blanco ante esas palabras, Meihui lanzándole una mirada confundida a Renshu.

“Es del Fangzi Yongtu,” indicó el hombre de rostro afilado. “Ella dice que no tenemos principios.”

“Ah,” sonrió Meihui. “Mi madre nunca pudo enseñarme el Propósito de la Casa, Ren. Verás, ella—”

“No me importa.”

Una persona pronunció esas palabras con su misma voz, con sus labios. Desde otro rincón, Song vio a Luren sentado de manera torcida, con un sombrero de paja de ala ancha que le cubría el rostro. Todo lo que alcanzó a ver fue un tenue borde de una sonrisa.

“No me importa,” repitió Song, exhalando con alivio.

Qué alivio era poder decir eso, después de tantos años. Como si respirara aire fresco por primera vez en su vida.

“Me vienes a dar cátedra sobre horrores, mientras dices que es un delito que yo haya nacido? Patético,” les dijo. “No tienes derecho a fingir que esto es venganza. Esto, esto es un berrinche. Así que ahórrense las lágrimas, las historias, y terminen de una vez.”

Toda su vida había sufrido por su nombre. No quería morir haciendo lo mismo.

“No serán ellos,” dijo Luren desde su esquina, rompiendo el corcho de su cantimplora con un fuerte estallido. “Quieren que grites, niña. Esperan que eso escucharán cuando duerman, no a los otros.”

“Eso no te corresponde decidir,” replicó Meihui con frialdad.

“Nada cambiará,” afirmó Song a su dios, ignorándola. “Nada lo hace.”

“Incorrecto,” replicó Luren con alegría. “Tonto. Algo no es nada, solo que nada puede ser algo.”

La tortura, esperaba Song, sería menos monótona que esto. El falso monje bebió con avidez de su cantimplora, secándose la boca y mostrando satisfacción tras la acción.

“Y tú has extraído algo,” dijo el dios. “Así que algo existe.”

Hizo una pausa.

“La mujer tiene la brújula,” añadió Luren, y luego desapareció.

Un fuerte dolor en su mejilla hizo que Song apartara la vista, viendo a Meihui de pie sobre ella, con expresión furiosa.

“Si con golpes no es suficiente,” dijo, “quizá perder algunos dedos te ayude a mantener el enfoque.”

Song lamió sus labios agrietados, saboreando el vómito en su lengua, intentando formar una respuesta mordaz —su visión tambaleándose no ayudaba— cuando un grito de asombro rompió el silencio. Hong, pensó, y entrecerró los ojos más allá de Meihui.

Alguien estaba... ¿Maryam?

No podía ser, pensó. La puerta no se había abierto, Renshu vigilaba todo sin apartar la vista. Solo Maryam estaba allí, paseando distraída junto al hombre de rostro afilado mientras los demás levantaban sus armas. Ya no llevaba su capa con capucha, sino un abrigo negro suelto abierto, con su largo cabello oscuro cayendo libremente por su espalda. No, se dio cuenta Song. No era Maryam. La piel era igual de pálida, pero ella era más alta, con ojos de un azul nublado en lugar de límpido. Y había algunos detalles en su rostro... una nariz más afilada, cejas más gruesas.

Y Song Ren vio la verdad, como una vez había suplicado a cualquier dios que pudiera escuchar: no estaba mirando carne, sino éter.

—¿Quién diablos—comenzó Hong.

—Su signo—, interrumpió Renshu. —¿Cómo entraste aquí?

La no-Maryam siguió caminando, con paso ligero, y se dirigió directamente hacia Song. Meihui retrocedió con cautela, levantando su lanza. Song vio que las pisadas de esa criatura de éter dejaban tras sí oscuros resplandores. Ella tejía Gloam sin mover las manos ni pronunciar una palabra. La cara casi familiar frunció el ceño hacia ella, luego suspiró profundamente.

—Si ella estaba tan preocupada por ello—, murmuró No-Maryam—, podría haber ido ella misma.

Se escuchó el clic de un revólver. Hong lo apuntó en su dirección.

—Él te hizo una pregunta, hueca—, dijo el hombre.

La aparición los miró de reojo, con los labios torciéndose con desprecio.

—No soy carente de misericordia—, les informó No-Maryam—. Si cada uno de ustedes se corta la mano derecha y ruega sinceramente por su vida, les permitiré partir después.

Rieron incrédulos.

—¿Y tú quién eres exactamente?—preguntó Meihui.

—La última princesa de Volcesta—, dijo No-Maryam—. Monté con los inviernos; estuve en la orilla cuando entregamos el río a siete señores de Malan. Soy la Guardiania de Ganchos, primera y última de los Nueve Múltiples Nueve.

Su barbilla se levantó ligeramente.

—Pueden arrodillarse—, permitió generosamente No-Maryam.

—Basura de Yiwu—, se burló Hong, y apuntó.

La aparición chasqueó los dedos. Song sintió la más mínima perturbación, pero no sucedió nada.

No hasta que los ojos de Hong Hua se abrieron de par en par y giró para disparar su pistola a Renshu.

—Emboscada—, gritó.

Renshu gritó, pero la bala solo le atravesó el costado. Song observó, desconcertada, cómo Meihui protectora se interpuso entre ellos y los otros dos con su lanza en alto.

—Quédate atrás—, le indicó. —Tú no estás en condiciones de—

Su ceño se frunció, luchando por terminar su frase.

—Gracias—, dijo con sequedad No-Maryam, y colocó un dedo contra la parte posterior de su cráneo.

Hubo un pulso en el aire, y luego un agujero humeante de una pulgada de diámetro estuvo en la cabeza de Meihui. A través de ella, vio Song. Miró horrorizada mientras la otra Tianxi caía al suelo. No-Maryam la miró, luego rodó los ojos.

—No pongas esa cara de preocupación—, dijo—, solo es una manipulación perceptual. Si no hubieran llegado con intención de violencia, no habría nada que cambiar.

—¿Qué eres?—acertó a decir Song. —Dioses, ¿qué son ustedes?

—Sobras y migajas—, respondió No-Maryam con tranquilidad, levantando una ceja—. Ahora sería buen momento para dar las gracias de forma efusiva, inútil ingrato.

—Tú no eres Maryam—, acusó Song.

—Dejo pasar esa—, meditó No-Maryam—, por tu aparente conmoción cerebral, pero debo admitir que no es la conversación más interesante que he tenido.

—¿Qué hiciste?—preguntó con un grito.

El grito la devolvió a donde Renshu se encontraba junto al cadáver decapitado de Hong. Una mano cubría su herida, pero la otra sostenía una cimitarra tejida con fuego dorado—su contrato, pensó Song. La arma parecía devorar el aire a su alrededor, todo lo que tocaba, incluso a Renshu, lentamente, pero con seguridad. Separaba la Marca que ella había puesto en él, se dio cuenta. Él está libre de ella.

—Pensaba que los Tianxi se enorgullecían de su educación—lo reprendió No-Maryam—. No es una habitación tan grande, no es necesario gritar.

—No eres un signo—, vociferó Renshu—. Eres un monstruo, un—

—Silencio,—respondió Not-Maryam colocando un dedo en sus labios y señalándolo hacia arriba.—Lo enfadarás.

El hombre no levantó la vista, frunciendo el ceño ante la evidente distracción, pero Song sí lo hizo. Así fue como vio que la Gloam que flotaba en la habitación se había concentrado en una forma tumultuosa allí arriba. Una lagarto de tamaño caballo con una cola larga, aferrada al techo con sus seis patas, observando a Renshu con la boca abierta en lo que parecía un aullido, enroscada en un largo cuello. Dos protuberancias bulbosas emergían de su espalda, como picos redondeados que intentaban desplegar en algo más. Cada parte de ella vibraba con hilos turbios, como un bosquejo de una figura.

—Vatra,— ordenó la aparición.

La criatura chilló, los ojos de Renshu girando hacia arriba, solo para que la bestia escupiera un chorro de Gloam de fuego negro. El hombre blandió su espada dorada, borrando tramos completos de aquel río de oscuridad, pero el aliento era demasiado amplio. Los bordes rasgaban su ropa y carne como ácido. Renshu cayó, gimiendo, y la aparición hizo un gesto de permiso con su mano antes de volverse, como si hubiera perdido interés.

La criatura cayó del techo sin hacer sonido, lanzándose sinuosa hacia adelante y desgarrando a Renshu como si fuera un perro hambriento.

—Sigo esperando esas gracias,— le recordó Not-Maryam.

—¿Cómo?— alcanzó a decir Song.

—Los Mornaric se impresionan demasiado fácilmente,—se burló Not-Maryam.—Esto no es más que humo.

Los gritos de Renshu se cortaron de repente.

—Mi madre podía formar un leshy del tamaño de un barco. Solía arrancarles las patas a los espadachines con él,— continuó la aparición.

Song no estaba segura de qué le perturbaba más: si la implicación de que esa entidad pudo aprender a hacer lo mismo, o cómo mencionaba retirarles las patas como si fuera un recuerdo entrañable. O tal vez, lo que reclamaba la corona era lo que comenzaba a vislumbrar a través de las capas y capas de éter, ahora que sus ojos se habían acostumbrado a la presencia. Todo ese éter se había acumulado en algo, como capas de pintura.

Y nunca había visto algo así antes, pero Song sospechaba que aquella cosa encorvada podría ser simplemente un alma.

Not-Maryam frunció el ceño de repente, y creyó que su mirada podría haber sido notada. Solo la cosa regia y pálida suspiró.

—¿Ya?— dijo ella. —Al menos...—

Y como si una vela se apagara, desapareció.

Silencio.

Song Ren, todavía apoyada contra la misma pared, observó la habitación cubierta de sangre y carne. Cuatro cadáveres enfriándose lentamente, y nada vivo en ella salvo ella misma. Se le ocurrió un pensamiento y soltó una carcajada amarga.

Ahora tenía una cuenta de muertos más alta que la de Tristan.

Y pensó en lo que la había criticado por traer problemas. La suya también se había presentado igual, solo que con paciencia, esperando una oportunidad en lugar de esconderse. Estaba tan decidida a dar la vuelta a las cosas esa mañana, y ahora solo podía sentir la punzada de la verdad en las palabras del Capitán Wen: sabía mucho menos que nada sobre el resto del Decimotercero.

Había pensado que conocía mejor a Maryam que a las demás, pero ¿esto? La entidad estaba conectada con los Izvorica, eso era claro, y las cosas que había dicho... ¿Una princesa? ¿Wintersworn, NueveVez, Nueve? Maryam nunca le había mencionado ni una sola de esas cosas. ¿Cuánto había dejado Song de aprender de Tristan, de Angharad?

Una ironía aguda, que alguien como ella se sintiera tan ciega. Todo parecía tan inútil, de repente. Allí estaba, magullada y golpeada, rodeada de cadáveres, y ¿qué había aprendido? Solo la profundidad de su ignorancia. Todo ese sangre y dolor, y lo único que había ganado era el derecho a luchar de nuevo mañana.

No importa cuánto lucháramos, siempre terminaríamos por quedar atrás, susurró su hermano. Ella pensó en esa mirada en los ojos de Nianzu, preguntándose si alguien encontraría la misma en los suyos en ese momento. Todo en vano.

Y quizás era el cansancio, el vacío en su interior, pero las palabras le hicieron recordar las de Luren. La tontería críptica que le había dejado otra vez. ¿Qué había sido? "Algo no es nada, solo el nada puede ser algo". Disparate. Es decir —Song se lamió los labios y tragó secamente— un nada que es algo. No sabía nada del resto del Decimotercero, y esa brecha era...

Algo que llenar. Trabajo. Le había pedido un milagro a Wen, una forma de mejorar todo, pero lo que en verdad quería era que las cosas volvieran a ser como antes, cuando todavía funcionaban. Solo que nunca lo habían hecho, ¿verdad? Eso era lo que Maryam le enojaba la noche pasada, cómo no lograba entender esto. Song no necesitaba forzar a todos a volver a sentarse en esas sillas en esa mesa de la cocina, para hacer todo otra vez, pero bien. Song necesitaba conocer a las personas con las que se sentaría frente a frente.

Había pasado su tiempo intentando hacer que el Decimotercero peleara su batalla, cuando en realidad debería haberlo pasado luchando contra las suyas.

Y eso era trabajo, sangre y vergüenza, pero eso había sido toda la vida de Song Ren. ¿Qué era un poco más? Exhaló lentamente, apoyó una mano ensangrentada contra la pared y se levantó lentamente. Parecía que Luren, con un desagradable dejo de servicialidad, no solo había hecho algo útil una, sino dos veces hoy. Le había dicho una cosa más que necesitaba saber.

Qué cadáver robar para conseguir la brújula que le permitiera arrastrarse fuera del vientre de Scholomance.

Revision #1

Created 3 June 2026 10:19:01 by Michael Brown

Updated 3 June 2026 10:19:04 by Michael Brown